donde descansaban grandes jarrones también de cantería. En cada uno de los ángulos del edificio había inscripciones conmemorativas de su construcción, que no copiamos por encontrarse reproducidas en obras de fácil consulta [1].

III

EL SAQUEO.

La mayoría de los comerciantes españoles que tenían tiendas en el Parián, tomaron participación en los sucesos ocurridos la noche del 15 de Septiembre de 1808.

Se habían reunido, formando por sí y ante sí, el cuerpo llamado *Voluntarios de Fernando VII*, y eran conocidos popularmente con el sobrenombre de *chaquetas*, por haberlas adoptado en sus uniformes.

Los realistas ó *chaquetas*, capitaneados por el español D. Gabriel de Yermo, se conjuraron, como es sabido, en contra del Virrey D. José de Iturrigaray, y lo depusieron del mando en la citada noche del 15 de Septiembre.

Aquel atentado, cometido en nombre de la fidelidad al Rey, fué un ejemplo elocuente que sin pensarlo dieron á los criollos los hijos de la Península, y un motivo más para que entre aquéllos se sembrara la división y la discordia.

En efecto, el Virrey Iturrigaray, era querido de los mexicanos, se había prestado de buena fe ó con miras ambiciosas á fomentar el partido de la independencia que entonces surgía, y al verlo aquéllos depuesto del alto cargo que desempeñaba, el disgusto fué grande y el germen de los odios tomó entonces incremento.

Los comerciantes del Parián, que consagrados exclusivamente á sus tareas mercantiles, podían haber gozado, como antes, de las simpatías de sus paisanos y de los criollos, comenzaron á ser vistos por éstos con desconfianza.

1. Véanse el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, artículo intitulado *Ciudad de México*, por D. Manuel Orozco y Berra, y el tomo primero de la interesante *Epigrafía Mexicana* por D. Jesús Galindo y Villa.

Los bandos se acentuaron desde 1808. Los *chaquetas* eran los futuros realistas, que habían de sostener con tesón y sin cuartel la causa de la dominación española en México; y los criollos, los afectos á Iturrigaray, los *insurgentes* que desde 1810 lucharon sin tregua, en conspiraciones, en la prensa, en la tribuna de las Cortes y en los campos de batalla en favor de nuestra emancipación.

El Parián fué, pues, el cuartel de los *chaquetas*. Aun antes de la prisión del Virrey en 1808, se veía con prevención aquel mercado, como centro de las maquinaciones del partido realista. Refiere Bustamante, que siempre que se asomaba Iturrigaray á los balcones del Palacio, dirigiendo la vista hacia el Parián, decía:

—¡Ah, casa de vecindad, quién te viera destruída!

Dados estos antecedentes, no es extraño que los revoltosos de la Acordada en 1828, hubieran explotado los antiguos odios que existían entre los comerciantes del Parián y los mexicanos; pero de un modo que es justo condenar.

Se resiste la pluma, como ha dicho un historiador, á narrar los sucesos acaecidos en la ciudad de México, el 4 de Diciembre de 1828, como consecuencia del pronunciamiento de la Acordada.

Los principales autores de las vergonzosas escenas que vamos á describir fueron D. Lorenzo de Zavala y D. José María Lobato. Se asegura que ellos, con el fin de atraer á su partido al pueblo bajo de la capital, le habían ofrecido el saqueo del Parián, edificio que encerraba grandes cantidades de numerario pertenecientes á los dueños de las tiendas.

"Rara era la tienda del Parián — dice Zamacois — que, además de las considerables sumas que tenía en ricas telas y paños, no contaba con un decente número de miles de duros en metálico, entalegados, colocados, no en cajas de fierro, sino debajo del mostrador, pues la buena fe, la confianza y el respeto habían sido hasta entonces las cualidades que habían resaltado entre los comerciantes españoles radicados en aquel país, lo mismo que entre los mexicanos." [1]

1. *Historia de México*, tomo XI, pág. 696.

Mientras el Gral. D. Guadalupe Victoria, Presidente de la República, atravesaba las calles de San Francisco, para ir á conferenciar con los sublevados, más de cinco mil léperos unidos á la tropa rebelde se arrojaban sobre el Parián, desamparado desde que el Gral. D. Vicente Filisola había huído con unos cuantos dragones hacia Puebla.

El ataque de la plebe al edificio fué espantoso. Un juicioso autor compara los estragos allí causados á los que produce un voraz incendio. Las puertas eran desquiciadas ; los armarios y los mostradores de las tiendas hechos mil pedazos ; los techos fueron incendiados por las teas de aquellos salvajes amotinados, que no contentos con robar los efectos y el dinero que se hallaban en los almacenes, se entregaban á toda clase de desórdenes.

El odio á los comerciantes peninsulares, como hemos dicho, fué explotado por los autores del motín para lograr su objeto.

En medio de las llamas, del incendio, del ruido estruendoso que producían las puertas de las tiendas al caer, y los golpes de las hachas contra los maderos de los mostradores, se escuchaban gritos de mortales odios y aclamaciones groseras á los autores de aquellas escenas repugnantes.

¡ Mueran los españoles! decían unos. *¡ Viva Lobato y lo que arrebato !* vociferaban otros.

Los robos y los asesinatos eran simultáneos. Quién cargaba una puerta, quién un tercio de ropa, quién un saco de dinero ; pero aún no andaban los rapiñadores muchos pasos, orgullosos de su carga, cuando venían otros á disputarles la presa. Puñal en mano los amenazaban, y si hacían resistencia caían asesinados á los golpes mortales de sus contrarios. Y á la vez con éstos se repetía la propia bárbara escena.

Los jefes de la ciudadela habían mandado alguna tropa para contener los desórdenes ; pero fué impotente para reprimirlos, pues era mayor el número de los interesados en consumar aquellos crímenes.[1]

1. Véanse la *Breve Reseña Histórica*, por D. José María Tornel. — México, 1852, y la *Historia de México y del Gral. Antonio López de Santa-Anna*, por Juan Suárez Navarro. — México, 1850, las dos obras impresas por Cumplido.

Para mengua de los pronunciados de la Acordada, muchos de los suyos autorizaban aquel saqueo, y lo que es peor, tomaban parte activa, robando y disputando efectos y dinero á la ínfima canalla.

"El Palacio Nacional — dice Bustamante — sirvió de depósito á lo que robó Lobato, y algunas bodegas del *callejón de la Callejuela* donde comenzó á meter preciosidades desde la tarde y concluyó á la noche..... A Cerecero que se presentó en la Acordada dándose el título de general de caballería.... le cupo un cajón de valor de 30,000 pesos, y en la noche rehinchó su casa en la calle de Jesús con los efectos que halló en él. Cuéntase asimismo que los principales robadores fueron los capitanes.....,[1] y el italiano *Staboli* : de éste se asegura que mataba á lanzadas al lépero que encontraba cargando onzas de oro ó dinero en plata, y de este modo aumentó á una gran suma sus robos. También durante la noche el Gobernador Zavala, afectado de la cabeza y acompañado de Cerecero, fué á saltear la casa del senador Tomás Vargas que vivía en la calle del Indio Triste, y á quien Zavala perseguía de muerte porque fué uno de los que más influyeron en que el Senado declarase haber lugar á formación de su causa. Habiendo entrado de mano armada prendieron fuego á su librería, que por fortuna pudo cortarse ; no lo asesinaron porque no se hallaba en casa ; pero le robaron cuanto encontraron : entre varias alhajas le pillaron un relox el cual apareció después en una relojería de la calle de la Moneda : Vargas lo reclamó ante un juez : el relojero dijo que el diputado Cerecero lo había llevado allí y que no podía ser suyo ; ¡ pero cuánto fué el chasco que llevó cuando Vargas abrió delante del juez el relox y en la sobre caja leyó escrito con letras chicas este letrero..... *Tomás Vargas!* habiéndoselo mandado poner en Burdeos al mismo artífice que se lo hizo en el año de 1822 ! Con tan perentoria prueba no tuvo Cerecero que replicar, entregó el relox, pero Vargas salió condenado en más de 30 pesos que le adeu-

1. Omite Bustamante los nombres de los militares.

daron las diligencias judiciales que mandó practicar para la averiguación de este robo."[1]

Cubramos con un velo otras escenas que el ánimo honrado se resiste á creer, principalmente aquellas en que el crimen llegó hasta el asesinato.

El saqueo duró toda la tarde y noche del día 4 de Diciembre y aun parte del día 5. La cantidad total desaparecida en el Parián se hace subir á 2.500,000 pesos. No sólo este edificio sino otros, entre los que se cuenta el Portal de Mercaderes, fueron también saqueados.

Toda la ciudad se hallaba conmovida. Las gentes que no se juzgaban seguras en sus casas se trasladaban á las de sus conocidos con sus bienes y maletas. Las calles se veían llenas de transeuntes que como hormigas, dice un testigo presencial, iban y venían por enmedio de ellas; pues los soldados los arrojaban de las banquetas, temiendo que los flanqueasen. El aspecto que presentaban dichos soldados era repugnante. Casi desnudos, con rostros de facinerosos, semejaban Furias infernales.

"La mañana del 5 quise ir al correo — refiere D. Carlos María de Bustamante — y no pude llegar por la multitud de esta canalla que poblaba las primeras calles, y de la que recibí no pocos insultos; hube de regresarme á casa sobrecogiéndome más que todo, el ver el insesante acarreo de efectos preciosos del Parían para diferentes partes; ya en tercios, ya en piezas de ricas estofas que se disputaban entre sí algunos soldados, virtiendo por aquellas bocas infernales palabras indecentísimas, é imprecaciones que acaso no habían jamás percibido mis oídos."[2]

Como último toque á tan horrendo cuadro, el día 5, muchos que todavía en la mañana de la víspera poseían considerables sumas, vagaban por las calles implorando la caridad pública; presenciaban la venta á precios ínfimos en el portal de Santo Domingo, de varios objetos que les habían robado; y contemplaban horrorizados los

1. *La Voz de la Patria*, tomo III, núm. 11, pág. 3.
2. *La Voz de la Patria*, tomo III, núm. 11, pág. 2.

cadáveres que contenían las zanjas próximas á la Acordada y las calles salpicadas de sangre de las víctimas hechas por el fuego destructor de la artillería.[1]

IV

LA DEMOLICIÓN.

Después del salvaje saqueo del Parián, la mayor parte de los cajones ó tiendas que estaban en el interior del edificio quedaron desocupados. Muchos comerciantes cambiaron sus casas de comercio á las calles inmediatas de la Monterilla y Plateros.

Desde entonces, y como ya en tiempo del Segundo Conde de Revillagigedo se había pensado, se trató de demoler el edificio.

Sin embargo, esto no pudo ejecutarse hasta el año de 1843, en que el Gral. D. Antonio López de Santa-Anna, por bando de 27 de Junio, ordenó la demolición del edificio, con el objeto de hermosear la plaza principal y erigir en su centro un monumento conmemorativo de la Independencia.

El mencionado bando en su parte substancial dice así:

"Art. 1°. El gobernador de este departamento por comisión especial, dictará inmediatamente las providencias más eficaces, á fin de que dentro el perentorio término de quince días, se desocupe enteramente y se deje libre el edificio llamado Parián, de manera que el día mismo en que espire este plazo, principie á demolerse el citado edificio, procurando que esto se verifique en el tiempo más corto que sea posible, á cuyo efecto dispondrá que acudan á este trabajo todos los reos destinados á obras públicas, todos los presidios y cuantos más operarios pudiese reunir.

"Art. 2°. El mismo gobernador hará formar por la Academia y por los mejores arquitectos que nombre, un plano de la citada plaza, considerada libre de la deformidad del Parián, y conteniendo el diseño de un monumento que se erigirá en el centro, circuido de

1. *La Voz de la Patria*, tomo III, núm. 9, pág. 2.

árboles de fresno, para perpetuar la memoria de nuestra gloriosa independencia.

"Art. 3°. Se dictarán las disposiciones conducentes, para que luego que se apruebe el modelo por el supremo gobierno, á quien se remitirá al efecto, se proceda á ejecutar la obra, de manera que esté concluída para el próximo 16 de Septiembre, como día destinado á celebrar el aniversario del suceso siempre grato y memorable á que se consagra.

"Art. 4°. Para indemnizar á los fondos municipales de esta ciudad de la falta que les ocasiona la destrucción del indicado Parián, se les consigna por el tiempo necesario las pensiones sobre ruedas de coches, carruajes, diligencias, carros y carretones que transitan por las calles de esta capital, y la de canales exteriores de los edificios de la misma, establecidos por los arts. 4° y 5° del decreto de 17 Septiembre de 1842, que comenzarán á percibir luego que haya terminado la reposición de empedrados para que se crearon dichos fondos."

Este bando causó un pánico inmenso entre los comerciantes del Parián.

Aquel día y los siguientes fueron de tribulación para todos los tenderos.

Unos gritaban enloquecidos ¡indemnización! ¡indemnización!..... y se hacían ilusiones creyendo que duplicarían su fortuna, al ser recompensados por las *pérdidas fabulosas* que les traería consigo la demolición del Parián.

Otros, humildes y contritos, sin esperanzas y desconsolados, sólo fiaban en el Cielo, y sufrían aquello como un castigo "por las muchas veces que habían vendido gato por liebre, poniendo sus grandes cortinas en las puertas, para que á las doce del día dentro de sus tiendas pareciera las siete de la noche, el marchante fuera engañado y no viera lo que comprara..... »

Muchos oían misas, rezaban novenas, hacían comuniones, prometían mandas, para que aquel tremendo bando se derogase.

La lucha no quedó ahí. Los comerciantes elevaron una solicitud pidiendo se suspendiese la ejecución del bando; el Ilustre Ayuntamiento los apoyó, y lo mismo hicieron la Junta Departamental y la Junta Mercantil de Fomento[1]. Todos alegaban pérdidas en sus intereses; todos decían que no había fondos para indemnizar.

Hubo notas del Ministerio de Relaciones, quejándose de palabras ofensivas que el Ayuntamiento había escrito en su exposición contra el Gobierno, y réplicas y explicaciones.

La misma prensa tomó cartas en el asunto. *El Zurriago* y el Lic. Rodríguez de San Miguel, en el *Siglo XIX*, sostuvieron serias polémicas, uno á favor del bando y otro en defensa de los comerciantes y de la Ilustre Corporación. Además de razones se trajeron al debate citas de historiadores antiguos y documentos inéditos desenterrados de los archivos.[2]

En la ciudad no se hablaba de otra cosa. La destrucción del edificio era el tema predilecto entre los desocupados, y hasta una peste catarral que hubo entonces fué bautizada con el nombre de los *polvos del Parián*.

Los voceadores de coplas callejeras, con voz ronca y quejumbrosa pregonaban el fin de aquel vetusto mercado, en impresos que llevaban títulos semejantes á este: *La confesión del Parián con el caballito de Troya*, y en décimas tan chabacanas como las que siguen:

Acúsome que yo he sido
la causa que hayan quedado
muchos novios sin estado,
y mujeres sin marido:
porque con lo que han sabido
mis dependiente ganar,
han podido trastornar
el orden de la decencia;
mas se llegó mi sentencia
y el momento de espirar.

Me acuso que en mis contornos
é inmediaciones andaban,
una multitud de arañas

1. Véase la *Colección de documentos oficiales relativos á la construcción y demolición del Parián*. — México. — 1843. — Se publicaron de orden del Ayuntamiento en la imprenta de Cumplido.

2. Véase la citada *Colección de documentos oficiales, etc.* — México. — 1843.

buscando á necios y bobos :
sacaban el diente á todos
fingiendo ser buenas pollas
les formaban su tramoya
echando mucho salero :
ahora..... que les dé consuelo
el caballito de Troya.

Pero ni las representaciones de los comerciantes y del Ayuntamiento, ni las de las juntas mercantiles, ni las polémicas de los periódicos dieron resultado favorable. Sólo se prorrogó diez días más el plazo para la demolición del Parián.

En uno de esos días se verificó una escena piadosa y conmovedora

Todos los comerciantes del Parián, en procesión y vela en mano trasladaron por la callejuela á una imagen de la Virgen de Guadalupe, desde el edificio del mercado hasta el templo de San Bernardo.

Aquella imagen, durante muchos años había estado en el Parián, como patrona de los dueños de las tiendas ó cajones, y al abandonar los mercaderes para siempre el edificio que pronto iba á ser convertido en ruinas, agradecidos y devotos á su imagen protectora, la Virgen de Guadalupe, quisieron rendirle el homenaje de su gratitud, llevándola en solemne procesión, con cirios encendidos y lágrimas en los ojos.[1]

Llegó por fin el último día del Parián. El 24 de Julio de 1843 doscientos operarios libres y quinientos forzados á las obras públicas comenzaron á derribarlo.

Se desplegó una actividad inmensa, pues el 30 de Agosto estuvieron trabajando los operarios hasta las dos de la mañana, en medio de una lluvia continuada y fuerte. En los últimos días de la demolición se emplearon "cerca de dos mil hombres, entre barreteros y conductores de materiales."

El 10 de Septiembre del mismo año amaneció la plaza sin escombros, con doce faroles en el extremo de otras tantas columnas, que iluminarían durante la noche el espacio en que había estado el Parián.

1. Mi amigo el Sr. D. José María de Agreda, siendo niño presenció la procesión.

Al día siguiente, fué el décimocuarto aniversario del triunfo de las armas nacionales, sobre la quijotesca expedición de Barradas, alcanzado en Tampico el 11 de Septiembre de 1829.

En el citado día — 11 de Septiembre de 1843 — para solemnizar tan glorioso aniversario, " en el mismo lugar donde estaba el Parián y en la plaza mayor, formaron un hermoso cuadro las tropas que existían en esta capital, y que serían cerca de ocho mil hombres, quedando el interior del cuadro tan espacioso, que sin exageración, formando las tropas en columnas cerradas, podía contener veinticuatro mil hombres, con algún desahogo. En el centro del cuadro estaba una vistosa tienda de campaña, rodeada de banderolas nacionales, de balas de cañón, pertrechos y municiones de guerra y dos pedreros á sus lados, figurando la que en 1829 en las márgenes del Pánuco, fué el local donde se firmaron las capitulaciones por el Exmo. Sr. D. Antonio López de Santa-Anna y la división rendida.

"Salió el Presidente del Palacio, y fué conducido á la tienda que dejamos dicho. Con anticipación se había formado la lista de los individuos de la tropa que se habían hallado en esta acción, y sólo hay en esta capital 55 hombres.[1] Habiéndose acercado el Exmo. Señor Presidente, les distribuyó los premios indistintamente ; mas al llegar al soldado inválido Urbano Venegas, que quedó mutilado en la mencionada acción, se excitó de tal modo su sensibilidad, que no pudo menos de echarle los brazos al cuello, haciendo con esta patética escena saltar las lágrimas á todos los concurrentes cercanos, en medio de los vivas de júbilo y regocijo que se repitieron de nuevo.

"A una hora después de este pasage memorable, pasó por enfrente de Palacio una columna de honor compuesta de 7,500 hombres de todas las armas. Por este acontecimiento podemos decir, que el Sr. D. Antonio López de Santa-Anna tomó posesión de la plaza donde antes existía el Parián."[2]

Respecto del costo que tuvo el edificio y las cantidades que pro-

1. En 1843 en que se escribía esta descripción.
2. *Sexto Calendario de Abraham López para el año bisiesto de* 1844, etc. — Imprenta del autor. — 1ª, calle de San Juan núm. 4.

dujo al Ayuntamiento, desde su construcción hasta que fué demolido, se deben consignar algunos datos que no carecen de interés.

El número de cajones construídos fué el de *ciento ochenta y uno*, é importaron 141,570 pesos, 0 reales 6 granos.

Agregando á esta cantidad el valor del terreno, cuya superficie era de *doce il novecientas setenta y tercia varas cuadradas*, que fué avaluado en 1830 en 162,004 pesos, 2 reales, 6 granos, obtendremos la cantidad de 303,574 pesos, 3 reales, 0 granos, costo total del edificio.

El propio documento de donde hemos tomado los datos anteriores, nos demuestra la utilidad obtenida por el Ayuntamiento.

Los productos de arrendamiento de los cajones del Parián desde el año de 1697 hasta 1843 ascendieron á la cantidad de.	$ 3.403,228 4 rs. 8 gs.
Los productos de los tinglados del Parián cobrados por el administrador del mercado desde el año de 1791 en que se formaron, hasta el de 1843 en que se hicieron nuevas alacenas para zapatos, ascendieron á la cantidad de.....	$ 18,954 0 rs. 7 gs.
Suma.....	$ 3.422,182 5 rs. 3 gs.

De estas cifras se deduce que el Honorable Ayuntamiento de México, quitados los gastos erogados en la construcción del Parián, obtuvo una utilidad de más de *3.000,000* de pesos! [1]

Aquí termina la historia del edificio secular, que como decíamos al principio, no ha dejado en la plaza ni rastro de su existencia; que desapareció para siempre; pero que vive como no extinguido recuerdo consignado en las crónicas coloniales y en los anales de las guerras fratricidas.

1. *Colección de Documentos Oficiales relativos á la construcción y demolición del Parián, etc.* — México. — 1843. — Págs. 49 á 50.

CAPÍTULO XLII

D. MIGUEL CABRERA